La política, que él entiende como la única ciencia capaz de dar una concepción precisa y multidimensional de la vida de los pueblos, o como visión certera del futuro —aristotélicamente hablando—, la ve desquiciarse en América, y paralizarse en su propia estructura en Europa, ante el desconcertante y profuso surgimiento de falsos Apóstoles de Ares, y de corrientes y fuerzas regresivas. Pero como el maestro es genuinamente liberal y demócrata, cree fundadamente en el poder de los pueblos y en la severidad de la Historia,

Centinela insobornable de los tesoros eternos de la cultura, don Joaquín hace petente, desde su retiro . . . , los errores sicológicos de quienes a estas alturas piensan de rodillas, como si no supieran que así sólo se piensa mal, según la marmórea frase de Renán. Y frente a estas situaciones —facetas borrosas en el avance de nuestro tiempo— el ciudadano maestro yergue su respetable figura, esgrime su serena inteligencia y su razonamiento visionario, para dejar constancia definitiva de su reproche y de su inconformidad.

Don Joaquín repudia la posición de las mentalidades claudicantes o calculadoramente pasivas; condena las divagaciones hipotéticas; desprecia ron altivez a los predicadores de insubstancialidades y rechaza la intolecancia. Por eso, cuando hasta él llegan los débiles ecos de la dignidad humana amenazada, alza su tonánte voz, para exigir la vigencia y el respeto al hombre y al pueblo. Esto completa las dimensiones de su apostólica figura, y por ello, cuanto más pronto mejor, deberá realizarse el reconocimiento continental que intelectuales de selección acordaron unánimemente hacerle, según consta en las actas de las históricas sesiones del Congreso Martiano celebrado en La Habana, el año de 1953.

Conociendo la crítica situación en que alborean y se desarrollan los artistas, en estos países, no escatima medios para que no se malogren sus producciones, ya sea folletizándolas o publicándolas en Repertorio Americano. No creo que haya sido otro el motivo que asistiera al gran Luis Alberto Sánchez, para que dijera que don Joaquín era el «mejor telegrafista de América», por su constante atención en el señalamiento de autores y novedades literarias del Continente. Esta actitud, que él realiza con suma devoción, tiene una explicación: la total ausencia de elementos coordinadores de cultura, a lo largo de América . . .

Sin que yo me hubiera propuesto llevar la conversación hasta un nuevo punto, sin embargo, por la fecundidad de la misma, quise saber qué afirmaba don Joaquín, respecto de si ya es posible hablar de la existencia de una Filosofía Americana, específicamente americana; habiéndose concretado a expresar, que pensadores de la estatura de don Francisco Romero, Vasconcelos, Vaz Ferreira, Zea y otros, ya había dado principio a examinar los testimonios, los expedientes de nuestra cultura integral, para resolver tan imperiosa necesidad.

Obsérvese la respuesta: es parca y prudente. La sabiduría descansará siempre en estos dos pilares.

Lo cierto es que en la actualidad tal vez no se pueda decir más. Se trata ni más ni menos, que de establecer la calidad y originalidad de un pensamiento, de un sistema de conocimiento; de valorizar un modo de vida singular por su naturaleza y universal por sus proyecciones. Y no simplemente de recordar la presencia de filósofos americanos, o de expositores de escuelas, doctrinas y sistemas filosóficos de otras latitudes. Claro que ojalá del examen aludido surja la conclusión de que en vista de las especulaciones realmente lógicas y accesibles; el clima o espíritu filosófico reinante; el modo de reaccionar frente a los sacudimientos históricos y las eminentes creaciones artísticas —que como floraciones de nuestra cultura flotan en América y en el mundo— sea posible hablar de la existencia de una filosofía netamente americana; esto es, de un modo de pensar y hacer ajustado íntima y absolutamente a nuestra conformación general y que refleje estrictamente nuestra realidad.

Si alguien desea conocer dónde nació don Joaquín, que visite el pueblo de Desamparados. Allí jugó cuando niño, y también recibió parte del balsámico e inspirador hálito de la juventud. Y si acaso no hubiera en ese pueblo quién recordara su origen y desconociera su obra, bastaría con alzar la vista y leer el nombre del apóstol en el frontispicio de una preciosa y amplia escuela, que corazones generosos construyeron en el mencionado lugar.

Más aún: si todavía queda alguien que no haya reparado en la labor dilatada y fecunda del ex Ministro de Educación Pública, ex-Director de la Escuela Normal y Profesor de Estado graduado en la Benemérita Universidad de Chile, que preste atención al clamor que vibra en el Continente, proclamando sus altas virtudes; o que se informe en Repertorio Americano, vocero antológico que define para siempre al maestro, don Joaquín García Monge, como uno de los cerebros de mayor capacidad analítica y selectiva de nuestro Continente.

Cartago, Costa Rica.

"Un Tal García Monge" ha muerto

Por *Luis ALBERTO SANCHEZ*

Hace unos veintitantos años, en un diario de Lima, recargado de odio, queriendo sacudirse del enojo que causaba, a él y a su gente, la voz alerta del pensamiento foráneo frente a la ola cruenta que bañaba al Perú, acuñaron una frase memorable refiriéndose a un líder laborista británico, Mr. Lansbury, y a un eximio pensador centroamericano: los coronaron con la despectiva —boomerang— expresión de «un tal Fulano». El pensador centroamericano era Joaquín García Monge. Le llamaron «un tal García Monge».

Don Joaquín reía de buena gana cuando se le recordaba el episodio. Rollizo y chico, de cuello corto —pudiera agregar de ideas largas, pero es tópico y cursi—, era García Monge un hombre saludable de cabeza a pies, y del revés al derecho. Tenía alma higiénica, dadivosa, y cuerpo de campesino, con manos pequeñas de artista. Había publicado en su primera y segunda juventud tres volúmenes, dos novelas y un manojo de cuentos. Pero, desde este último, allá por 1917, se vino a percatar de que a América le hacían más falta coordinadores que rapsodas, y se consagró a crear y sostener una revista de coordinación continental, a la que bautizó con un nombre ya heráldico, el de la revista en que colaboraba Andrés Bello en Londres. «*Repertorio Americano*».

Hay tachas que no pueden lanzarse sobre ciertos hombres y sus obras. A

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "